

I

EN BÚSQUEDA DOLOROSA DE CAMINO

1. SALLEN (1807-1825)

Antonio Claret, cuando contaba ocho años, ya quiso ser sacerdote y hasta comenzó a estudiar latín con un profesor de Sallent, Juan Riera, que murió tres años más tarde. El camino del sacerdocio desapareció de su vista. Era preciso, por tanto, tomar una nueva decisión sobre el futuro. En su familia eran muchos. Antonio fue el quinto de once hermanos y había que mantener la pequeña empresa textil de la familia.

Juan Claret, su padre, le dijo: "Antonio, habrás de ayudar en casa. Comienza a hacer algún trabajo en la fábrica".

Él se calló y apesadumbrado hizo lo que le pidió su padre. Había cumplido 12 años. Poco después, Antonio se encariñó con su trabajo, progresó y alcanzó un ritmo de trabajo superior al de los demás obreros; en vista de ello su padre le recomendó, con uno más veterano, dar el último toque a las piezas y tejidos, antes de que saliesen de la fábrica.

A los 17 años, Antonio cambió de pensamiento. La tarea textil le ofrecía un futuro atractivo. Un futuro que no sería realizable en Sallent y, mucho menos, en su casa, donde el padre dirigía la fábrica y donde el hermano mayor, Juan Claret, el heredero, estaba destinado a sucederle. El futuro de la empresa

familiar no podía satisfacer sus aspiraciones. Por lo demás, Sallent era un pueblo demasiado limitado, a pesar de ser una de las poblaciones pioneras en el textil catalán, que gozaba de fama de "heroica y eminentemente liberal", título que se le había otorgado un año después de la Constitución de Cádiz (1812).

Cuando su padre se disponía a ampliar la empresa familiar, Antonio decidió volar más alto y dejar familia y pueblo. Escribió en su *Autobiografía*:

Deseoso de adelantar en los conocimientos de la fabricación, dije a mi padre que me llevase a Barcelona.'

No es difícil imaginar el desconcierto familiar. Como persona y como operario era el más apreciado por su padre. Su decisión dificultaba los proyectos paternos. Dice el P. Aguilar, autor de la primera vida del P. Claret:

Jamás tuvo su madre que reñirle por su conducta, y su padre le ponía como modelo a los otros hijos por la fidelidad y perfección con las que cumplía cuanto se le encomendaba.²

No será la única vez que Antonio, más tarde mosén Antonio, cambie de ruta inesperadamente. Había comenzado ya a aflorar su personalidad independiente, abierta y sanamente ambiciosa. En efecto, en 1825, Juan, el hermano mayor, acompañó a Antonio a Barcelona. Para comprender mejor la personalidad del joven Antonio Claret, vamos a situarle en el lugar y en el ambiente que sellarían su vida posterior de forma decisiva.

1. Antonio MARÍA CLARET: *Autobiografía*, Editorial Claret, Barcelona, 1996, n. 56. Citaremos este documento como *Aut.* y el número correspondiente.

2. Mariano AGUILAR: *Vida admirable del Siervo de Dios, P. Antonio María Claret*. Vol. I, Madrid, 1894, p.14.

2. BARCELONA (1825-1829)

Antonio quedó pasmado ante la grandiosidad de Barcelona, cuya agitada vida y violenta historia en aquellos años, le era casi desconocida. Barcelona iba a tener gran importancia en su vida e iba a ser su nuevo escenario. Barcelona, que antes de la guerra napoleónica tenía alrededor de 150.000 habitantes, rayaba entonces los 100.000. Conviene recordar que en 1808 Napoleón invadió Cataluña y España. No llegaron sólo soldados y cañones; llegó, sobre todo, el espíritu liberal, antimonárquico y antirreligioso, de la Revolución francesa y del mismo Napoleón. El pensamiento liberal cautivó a muchos espíritus inquietos y comenzó a tener seguidores en España y en Cataluña, a la vez que provocó una violenta reacción absolutista de los defensores de la monarquía y de la tradición. España se dividía en dos: liberales de izquierdas y absolutistas de derechas. Un drama que marcó cruelmente la futura historia de España. Barcelona padeció de forma especial esta ruptura entre el liberalismo barcelonés, enraizado en la Cataluña marítima, y el absolutismo de Fernando VII, que había echado raíces de manera especial en la Cataluña interior y montañosa. La persecución contra la burguesía liberal catalana empeoró las cosas. Muchas fábricas, en estos años de lucha, habían cerrado y muchos talleres estaban parados y los obreros lanzados a la mendicidad...

Pasados los años de las incursiones e invasiones francesas sobre las comarcas catalanas, hacia 1825, la vida, el trabajo y el progreso volvieron a la ciudad y a las comarcas. Nuevos aires, impregnados de progreso y de ciencia, propios de la modernidad y de la Ilustración, produjeron los primeros movimientos culturales e ideológicos y el descubrimiento de la Cataluña medieval. Uno de estos movimientos, el romanticismo catalán, se dedicó a la búsqueda de las propias raíces históricas, las raíces patrias. En 1823 Bonaventura Caries Aribau

fundó la revista *L'Europeu*, una puerta abierta al romanticismo europeo, especialmente alemán. En el período constitucional de 1820 se fundó en Barcelona el importante *Periódico Universal de Ciencias, Literatura y Artes* (1833). El mismo Aribau publicó su famosa oda *La Pàtria* (1833) y Rubio i Ors, sus primeras poesías catalanas (1836); y en 1859 se celebraron los primeros Juegos Florales.

Pero Antonio Claret no se había desplazado a Barcelona para hacer turismo, ni para estudiar historia, por más que el ambiente cultural, político y religioso dejase en él su huella. Tenía 17 años.

Joven pragmático, organizará pronto su vida: trabajar y estudiar. Para comenzar, se inscribió en las clases gratuitas organizadas por la Real Junta del Comercio en la Lonja del Mar, dedicadas a preparar hombres de negocios y dirigentes de la industria catalana. Claret eligió las materias que mejor le podían servir para su futuro textil: castellano, francés, dibujo y matemáticas, al mismo tiempo que trabajaba en la fábrica de los Vigatans. Fue uno de los 72 obreros de la Fábrica de Prat y Armengol, en la calle nueva de San Francisco, n. 9, de Barcelona, especializada en hilaturas y tejidos de algodón.

Los nuevos aires europeos progresistas y liberales que corrían por el comercio y la cultura de Barcelona, despertaron pronto su juventud inquieta y apasionada. Comenzó a destacar, sobre todo en dibujo, consiguiendo varios premios en concursos artísticos. El dibujo, como él mismo confiesa, le ayudaría a diseñar las láminas gráficas de muchas de sus publicaciones, especialmente las más conocidas, como *El catecisme explicat*.

2.1. *El trabajo, una pasión* (1825-1828)

Todos los historiadores de esta época del joven Claret aprecian su pasión por el estudio y por el trabajo. Les dedicaba lar-

gas horas del día y de la noche, incluso los días festivos, en los que los moralistas consideraban bueno el tiempo dedicado a trabajos intelectuales. Antonio se pasaba las horas dibujando modelos y componiendo telares; analizaba las muestras recibidas de París y de Londres; las descomponía, las rehacía y las mejoraba. Su pasión desbordada le permitió ser un experto, tal y como él mismo escribió en su *Autobiografía*:

Cuando después de mucho discurrir acertaba a la descomposición y composición de la muestra, sentía un gozo, experimentaba una satisfacción, que andaba por casa como loco de contento. Todo esto lo aprendí sin maestro (Aut., n. 59).

Como es lógico, Antonio vivía la pasión por lo que amaba y llenaba su corazón: el trabajo, su perfeccionamiento, su futuro. Sentía la satisfacción natural de comprobar su capacidad para la técnica textil y sus progresos en la fábrica de los Vigatans. Posiblemente, y era razonable, su gran ideal y su gran ambición eran alcanzar una alta posición en la industria catalana.

Por otro lado, tenía pocos amigos. Vivía en una pensión del n. 21 de la calle de la Palma de Sant Just, en el corazón de la Ciudad vieja, propiedad de Jaume Lacreu. Salía poco de casa los días festivos. Era tímido y reservado, razón que explica su escasa inclinación a las salidas y fiestas con los amigos. Como alguien ha apuntado, sentía la necesidad de compensar un cierto complejo de inferioridad, debido a su baja estatura y a un físico no especialmente favorecido. Hay que tener en cuenta además el modelo familiar de austeridad, de moralidad y de religiosidad. Todo le predisponía a llevar una vida poco mundana y esto nos ayuda a descubrir los rasgos humanos y vocacionales del joven Claret. Iniciaba un caminar propio y por senderos anchurosos; rasgos que se acusarían cada vez más. En un primer momento, sería una ambición humana de

ámbito internacional; y luego una ambición apostólica de ámbito universal.

Este potencial humano e intelectual de Claret no será anulado, antes bien reforzado por la "llamada divina desde lo alto", con rumbo nuevo e insospechado. Silenciosamente, Dios iba tejiendo la biografía de Antonio, el joven tejedor barcelonés. Pero antes había de purificarse espiritualmente.

2.2. Crisis (1828)

Entregado en cuerpo y alma al mundo fabril y pletórico de proyectos de futuro, Antonio Claret comenzó a apesadumbrarse. Unos cuantos sucesos enturbiaron su camino. Él mismo lo recoge en su *Autobiografía*. Comenzaba a experimentar dolorosamente la pesada esclavitud del trabajo y del estudio a la que estaba sometido y que le amargaba sus días. Advertía que se le secaba el corazón:

En los tres primeros años que estuve en Barcelona se me enfrió mucho el fervor que tenía cuando estaba en mi patria (Sallent). Es verdad que recibía los Santos Sacramentos algunas veces entre año, que todos los días de fiesta y de precepto oía Misa, y cada día rezaba a María Santísima el santo Rosario y algunas otras devociones... Todo mi objeto, todo mi afán, era la fabricación..., era un delirio el que yo tenía por la fabricación (Aut., n. 66).

Al ir a misa un domingo, se dice a sí mismo: "A misa de 12 tú, Antonio"; conviene recordar que en su época las misas eran muy tempranas y Antonio estaba acostumbrado a madrugar para ir a las primeras.

Sufrió un sobresalto considerable al ir a la playa de la Barceloneta a refrescarse los pies y "abrir el apetito, pues en ve-

rano lo solía perder", porque una ola se lo llevó mar adentro y milagrosamente —escribe— le salvó la Virgen (*Aut.*, n. 71).

Otro hecho le trastornó e hirió su arraigada y profunda moralidad. Se trataba de un compañero suyo con quien jugaba a la lotería. La suerte les favorecía por cuanto se jugaban bastante dinero. Las ganancias que eran muchas "*las depositábamos al seis por ciento*" en manos de comerciantes y de todo ello se guardaban los correspondientes recibos. El compañero, atrapado en el juego y arruinado, se apoderó de un boleto de ambos de veinticuatro mil duros, una gran cantidad en aquel momento, le robó a Antonio libros y ropa de su pensión, y acabó llevándose las joyas de una señora conocida suya. Hecha la denuncia, el joven fue juzgado y condenado a dos años de prisión (*Aut.*, n. 74-76).

Dice así Antonio en su *Autobiografía*:

No es posible explicar el golpe que me dio este percance, no la pérdida de los intereses, que eran muchos, sino el honor. Pensaba: "¿Qué dirá la gente? Se creará que tú eres cómplice de sus juegos y de sus robos. ¡Ay! ¡Un compañero tuyo en la cárcel! ¡En presidio!... Era tanta la confusión y vergüenza que apenas me atrevía a salir a la calle... Me parecía que todos me miraban..." (Aut., n. 75).

Más aún, la joven esposa de un compañero de trabajo, a quien tuvo que visitar, le hizo halagos y propuestas amorosas. Fue ésta una experiencia muy negativa y un desengaño moral. Se desembarazó de ella y huyó corriendo (*Aut.*, n.72).

2.3. "Conversión" (1829)

Un domingo fue a misa, como de costumbre, a la iglesia de los santos Justo y Pastor, próxima a la plaza de San Jaime. Él

mismo aseguraba que tenía en su cabeza más máquinas que santos había en el altar:

En medio de esta baraúnda de cosas, estando oyendo la santa Misa, me acordé de haber leído cuando niño aquellas palabras del Evangelio: ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si finalmente pierde su alma? Esta sentencia me causó una profunda impresión... fue para mí una saeta que me hirió el corazón; yo pensaba y discurría qué haría, pero no acertaba (Aut., n. 68).

En este momento de confusión moral y existencial, volvió la mirada hacia sus recuerdos y vivencias infantiles, hacia aquella intensa experiencia religiosa que había vivido en Sallent: el amor a la Eucaristía, la devoción a la Virgen del Rosario, las visitas a la Virgen en la ermita de Fucimanya, la oración, los pecadores y su condenación al infierno, la eternidad, Dios como padre amoroso, su amor compasivo por los ancianos, por el abuelo huyendo de casa al aproximarse las tropas francesas...

Estaba sorprendido por el cambio sufrido. En plena angustia y crisis interior tomó las primeras decisiones radicales.

Desengañado, fastidiado y aburrido del mundo, pensé dejarle y huirme a una soledad, meterme cartujo (Aut., n.77).

Se aconsejó con el P. Francisco de Paula Amigó, superior del Oratorio de San Felipe Neri, en Barcelona. Con menosprecio del mundo y amargado por todo lo acontecido, decidió hacerse cartujo. Otro religioso, el P. Cantí, igualmente de la comunidad de San Felipe Neri, intentó que desistiera de una decisión tan radical y le propuso que se dirigiera al Sr. Obispo de Vic.

En aquellos días, unos industriales de la ciudad invitaron a Barcelona a su padre y le propusieron abrir una nueva empresa textil, de la que su hijo podía ser el director técnico. Su

padre, ilusionado, habló primero con su hijo. Antonio dio largas a la propuesta; más tarde le dijo con franqueza: "Padre, he decidido hacerme cartujo".

Su padre y toda la familia sufrieron un fuerte desengaño y desconcierto. ¿Antonio monje? Se habló mucho de esto en casa. La grave situación creada tuvo, al fin, un desenlace más o menos satisfactorio, cuando el joven Claret, según consejo del P. Cantí, aceptó ingresar en el seminario de Vic y desistir del proyecto de la Cartuja.

¿Qué había pasado, pues, para que se produjera un cambio tan inesperado en la vida de Antonio Claret?

Lo que había pasado, en realidad, según los historiadores que han analizado este momento de la vida del santo, podría sintetizarse en estos puntos:

Fuga mundi. Antonio Claret, cansado, herido y avergonzado por todo lo ocurrido en Barcelona, se pronunció por lo que en la vida de los primeros monjes del desierto se llamó *fuga mundi*: huir y abandonar el mundo como lugar de tentación. Había fracasado su gran proyecto humano, pero realizaría otro. Según él, se le cerraba un camino, pero se le abriría otro. Si esta reacción podía calificarse de primaria y visceral, más tarde se tornaría madura y serena.

Punto de ruptura. Esta valiente decisión de separarse totalmente del mundo se convertiría, poco a poco, en una opción más radical y profunda por Dios como nuevo centro de interés de su corazón y de su vida; la decisión inicial de ingresar en la cartuja era, en realidad, el punto de ruptura radical entre un proyecto de vida humana y personal y otro, religioso, en manos de Dios; se iniciaba en el joven Claret la dolorosa conversión, el desolado "desprendimiento y pobreza interior total", por los que han tenido que pasar, en un momento u otro, todos los grandes santos.

Camino idealizado. El camino vocacional de la Cartuja, idealizado por Antonio, sería corto. En la opinión de alguno de los historiadores que intenta acercarse a Claret como hombre, Antonio demuestra aquí su talante o estilo: realizar lo que se proponía, es decir, lo que opinaba que era su camino; él, Antonio, se sentía, en último término, responsable único de su futuro delante de Dios.

En efecto, en principio se negó a ingresar en el seminario de Vic y a hablar con el obispo de la diócesis, Pablo de Jesús Corcuera, por temor a que le disuadiera de su proyecto de hacerse monje cartujo; tampoco tuvo en cuenta al principio las razones de su padre, a quien ciertamente respetaba y quería. Sólo tras la visita al obispo de Vic comenzó el primer curso en el seminario, pero con la firme voluntad de ingresar en la Cartuja. Y como recordatorio permanente puso sobre la mesa de su escritorio una estampa de san Bruno, fundador de los cartujos.

Los caminos de los hombres. Se había impuesto la prudencia y se había elegido un camino razonable trazado por los hombres, especialmente por el padre del nuevo seminarista. El ingreso en el seminario y el inicio de la carrera sacerdotal diocesana ofrecía un respiro a su padre que no podía imaginar la ruptura total con su hijo, recluso en la cartuja. A Juan Claret, vinculado al obispado, no le desagradaba del todo un hijo sacerdote, bien considerado por todos. Pero los caminos de los hombres no coincidían del todo con el que Dios tenía previsto para Antonio.

Así, pues, pasó en Vic el curso 1829-1830. Una vez acabado, en plena crisis interior, continuaba pretendiendo ingresar en la cartuja de Montalegre. En efecto, se puso en marcha e hizo una larga caminata a pie desde Vic hasta Barcelona y Badalona; pero poco antes de llegar, los elementos climatológicos le obligaron a pararse. El chaparrón de agua caído sobre él, la fa-

liga del pecho y la agudización de la opresión torácica padecida últimamente, le hicieron recapacitar. Antonio, profundamente inmerso en una visión religiosa de los acontecimientos de su vida, cree que es una señal más de la voluntad divina; que ha de regresar a Vic y proseguir su carrera sacerdotal. Como san Pablo, cegado por la presencia de Dios a la mitad del camino de Damasco, también él se sintió cegado, escuchó la voz divina y se dirigió definitivamente a Vic.

Pasado aquel primer año de filosofía ya no pensé más en ser cartujo y conocí que aquella vocación había sido temporal solamente. El Señor me llevaba más lejos para destetarme de las cosas del mundo, y para que, desprendido de todas ellas, me quedara en el estado clerical, como el Señor me lo ha dado a entender después (Aut., n. 93).

2.4. *Poniendo los fundamentos* (1830-1834)

De momento, la tempestad interior del novel seminarista de Sallent se ha calmado. Le esperan unos años de paz, de silencio, de oración y de estudio. Se apasionará por llegar a ser un gran sacerdote. Pero ¿hacia dónde dirigirá el vigoroso y ardiente seminarista sus energías?

En el seminario, Antonio experimentará una profunda recuperación espiritual y sufrirá un gran cambio interior. Algunos hechos, que él mismo anota en su *Autobiografía*, le ayudarán a buscar, no sin tropiezos, su sendero.

La vida de seminarista, al lado del mayordomo del obispo Corcuera, mosén Fortiá Bres, será una vida reglamentada minuciosamente, repartida entre la oración, el estudio y la asistencia a clase, que cumplirá estrictamente.

El ascetismo espiritual del P. Pere Bach, hijo de Vic y su consejero espiritual, modelará su espíritu. El obispo, Pablo de

Jesús Corcuera, hombre de profunda vida espiritual, ascética y apostólica, le impactará y dejará huella profunda en su espíritu; será un modelo para su vida y su estilo sacerdotal.

El descubrimiento de la Biblia, en especial los libros de los profetas, removerá totalmente su espíritu y la Palabra de Dios decidirá definitivamente su futuro. El obispo Corcuera, en una carta pastoral del año 1830, recomendaba a sus seminaristas la lectura de algunos capítulos de la Biblia, de manera que pudieran leerla completa en un año. Antonio Claret cumplió esta recomendación de su obispo; y, siendo él Arzobispo, repitió este consejo a sus sacerdotes y seminaristas.

En la lectura de la Biblia el joven Claret comenzó a experimentar de forma intensa y personal la llamada de Dios a evangelizar:

Pero lo que más me movía y excitaba era la lectura de la Santa Biblia, a la que siempre he sido muy aficionado. Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión, que me parecía oír una voz que me decía a mí lo mismo que leía (Aut., n. 113-114).

Desde entonces, probablemente desde 1830 o 1831 hasta 1839, en que decidió hacerse misionero, fue interiorizando, lentamente, la función y el modelo profético. Se sentía cada vez más llamado a ser profeta. Anotaba en su *Autobiografía* los diversos pasajes proféticos que más le impresionaban interiormente; Isaías, Jeremías, Amos y Ezequiel; sobre todo el texto de Isaías, que Jesús haría suyo:

El espíritu del Señor... está sobre mí, pues Yahvé me ha ungido, me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos; para anunciar la libertad a los cautivos, la recuperación de la vista a los ciegos; Él me envía a anunciar la Buena Nueva; me ha enviado a los pobres (Isaías 61, 1-2).

Cuando el pueblo de Israel, en dolorosa tensión entre la obediencia a Dios y la atracción por los ídolos, se inclinó por la idolatría, surgía vigorosa y contundente la voz de los profetas proclamando, en nombre de Dios, fidelidad a la alianza y justicia para los huérfanos, las viudas y los pobres del pueblo. Ahora, el nuevo pueblo de Israel que le correspondía vivir a Claret —la Cataluña y la España de la primera mitad del siglo XIX— era un pueblo lleno de idolatría, violencia y muerte; era un país desgarrado por la lucha, frecuentemente armada, entre el absolutismo conservador y católico y el liberalismo progresista y anticlerical; quien pagaba, como siempre, los errores de sus gobernantes era el pueblo, que vivía envuelto en la desolación, la desmoralización, la dispersión y la disipación moral y religiosa.

El joven Claret, mientras leía a los profetas, sentía también la pasión profética por el Dios viviente, el Dios del pueblo pobre. Sentía que debía enfrentarse apostólicamente al mal con las armas que Dios ponía en sus manos: la palabra divina, el fuego apostólico y el espíritu de los grandes profetas. Una esplendorosa misión. Sabía bien que otros misioneros apostólicos le habían precedido. Él se sumaría a ellos. Y no dudó. En aquellos años —dice él mismo— se le habían pasado definitivamente las ganas de ser cartujo. Iba encontrando su verdadero camino, con fatiga, dolor y exultación.

En el contexto de violencia y desórdenes sociales, políticos y eclesiásticos que se vivía, y que vamos a relatar después, podemos situar y entender un hecho, singular y carismático, en la vida del joven Claret: la grave tentación contra la castidad sufrida en el segundo curso de seminario, en el invierno de 1832. Su victoria no significaba únicamente la renuncia y la victoria total sobre el apetito sexual; era mucho más. Su lucha y victoria sobre los espíritus del mal, conseguida con la ayuda de la Virgen, significaba para Claret su lucha contra las fuerzas malignas, que estaban deshaciendo, por aquellos mis-

mos años, a la Iglesia española. Más tarde, al ordenarse diácono, el Señor se lo hizo entender con claridad:

En las témporas de Santo Tomás del mismo año de 1834 recibí el diaconado. Cuando el prelado, en la ordenación, dijo aquellas palabras del Pontifical que son tomadas del apóstol San Pablo: No es nuestra lucha solamente contra la carne y la sangre, sino también contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas... Entonces el Señor me dio un claro conocimiento de lo que significaban aquellos demonios que vi en la tentación de que ya se ha hecho mención (Aut., n. 101).

Claret, al abrigo silencioso de la piadosa y clerical ciudad de Vic, había encontrado el auténtico sentido de su vida. Quedaba lejos la pasión por el trabajo, por la industria textil, por un futuro brillante... Comenzaba a despuntar, con la llamada sacerdotal, el joven misionero apostólico.

3. PRIMERAS DIFICULTADES APOSTÓLICAS (1834-1837)

El obispo adelantó las ordenaciones al seminarista de Sallent, porque era mayor que los demás compañeros y porque veía en él *algo extraordinario*.

En 1834 recibió todas las órdenes que preceden al sacerdocio. El subdiaconado en mayo. Claret fue el primero de la fila de los subdiáconos y leyó la Epístola; Jaime Balmes —el futuro gran filósofo de Vic— el primero de la de los diáconos, y leyó el Evangelio. El 20 de diciembre del mismo año, en Adviento, cuando cursaba tercero de teología, recibió el diaconado, tras un mes de ejercicios espirituales. A primeros de

mayo de 1835, hizo otros ejercicios espirituales de 40 días, según prescribían las normas del obispado, como preparación para la ordenación sacerdotal, que recibió el 13 de junio de manos del mercedario Fray Juan de Tejada y Sáenz, por la imposibilidad de hacerlo el obispo Corcuera, gravemente enfermo, que moriría el 3 de julio.

El desengaño y la desilusión del padre del nuevo sacerdote, Juan Claret, se había amortiguado; nacía ahora una nueva ilusión en su corazón y en toda la estirpe de los Claret de Sallent.

Sallent fue su primer destino sacerdotal. Ejercía las funciones propias de todo buen párroco, aunque había en él un nuevo estilo sacerdotal, que le acarreó las primeras y violentas dificultades, al chocar con elementos liberales del pueblo. Una carta suya al alcalde de Sallent, fechada el 2 de mayo de 1836, revela que había sido insultado bastantes veces en la iglesia y en la calle, y que un grupo de hombres, que califica de impíos, promovía alborotos durante la celebración eucarística. En el otoño de 1837 decidió dirigirse a Vic para resolver algunas cuestiones de la parroquia. Al enterarse de que unos *facciosos* le esperaban cerca de la ciudad, se desvió hacia el pueblo de Olost, donde vivía su hermano José, con el que pasó unos días. Y entonces se dijo que Antonio se había reunido con carlistas levantados en armas.

La circunstancia añadida de los estrechos límites pastorales de una parroquia provocó una nueva inquietud en su ánimo. ¿Qué quería Dios? ¿Qué habría que hacer para realizar la misión profética que ardía en su pecho? Meditó y guardó silencio; después tomó una decisión inesperada: ir a Roma para ponerse a disposición de la Congregación Pontificia de la Propagación de la Fe y ser enviado a las misiones extranjeras.

Así lo hizo, a pesar de las grandes reticencias del vicario general de Vic, Luciano Casadevall. Emprendió el camino a pie; desde Olost, pasó por Castellar de n'Hug, Toses, Pía de les Sa-

lines; y ya en tierra francesa, siguió por Osseja, Olette, Prades, Perpiñán, Narbona, Montpellier, Nimes y Marsella, donde embarcó hacia Civitavecchia.

Pocos días después de su llegada a la Ciudad Eterna y tras una visita infructuosa al Palacio de Propaganda Fide, cerca de la Plaza de España, se le brindó la oportunidad de hacer ejercicios espirituales con un padre jesuita; poco después entró en el noviciado de la Compañía de Jesús, donde permaneció unos meses antes de regresar a Cataluña. Dios le conducía por caminos y senderos, perdidos en apariencia, pero no era así. El noviciado fue para Claret una buena experiencia, que le serviría para poner en práctica la predicación de misiones y de ejercicios espirituales, el método creado por Ignacio de Loyola, viviendo como ermitaño en una cueva a las afueras de Manresa. El novicio Claret conoció también a los predicadores y las obras apostólicas de los jesuitas, la vida en comunidad, la vida apostólica, el discernimiento de espíritus y la orientación vocacional, eclesial y apostólica.

Al cabo de cinco meses de ingresar en el noviciado, sucedió algo importante en la vida de Claret. Dios y la mirada aguda del P. General acabarían de marcar la ruta nueva y auténtica del novicio Claret. En marzo sufrió una extraña enfermedad que le afectó a una de las piernas con inflamaciones y dolores agudos. Tras varios días de tratamiento de esta singular inflamación, el P. Roothaan, General de los Jesuitas, le comunicó resueltamente: "Es voluntad de Dios que vaya muy pronto a España; no tenga miedo; ánimo".

Claret buscaba orientar su vida por unos derroteros, pero Dios le guiaba amorosamente por otros. Era la activa pasividad de los místicos.

Al mismo tiempo, en el obispado de Vic, quizás alguien, desconocedor de los caminos de Dios, refunfuñaría al ver las inquietudes y cambios del novel párroco de Sallent, al regresar de Roma.

Todavía hoy se preguntan algunos la razón de todos estos cambios. Algún historiador lo interpreta como la expresión, una vez más, de la voluntad firme de Antonio Claret de buscar su vereda, guiado siempre por la llamada interior a la misión apostólica, que le espoleaba interiormente con fuerza; una llamada vocacional que no se ajustaba siempre con facilidad a lo que pensaban sus superiores, pero que él debía seguir. Mosén Claret, más allá de los caminos que le ofrecía la carrera parroquial, sintió la llamada, al igual que otros misioneros apostólicos, a "*abrir y allanar nuevas rutas en el desierto*" por medio de la predicación intensiva al pueblo, religiosamente abandonado, y conducirlo a la tierra prometida, al Reino de Dios.

4. LA VOCACIÓN DE ANTONIO CLARET

A estas alturas podemos preguntarnos: ¿qué vocación tenía, en realidad, Antonio Claret? ¿Vocación artística? ¿De industrial? ¿De sacerdote diocesano? ¿De misionero apostólico? ¿O eran muchas vocaciones al mismo tiempo?

La vocación. No es fácil hablar de vocación, pues es una realidad muy personal y rica en matices. Existe además una dificultad añadida: al hablar de vocación, puede pensarse, restringiendo el tema, que se trata de vocación sacerdotal o religiosa. Son necesarias, por tanto, algunas precisiones para conocer mejor la vocación de Claret.

Vocación general. Tener vocación, vivir vocacionalmente, hace referencia a una manera concreta de presencia del hombre en el mundo; cada persona, en un momento determinado de su vida, sobre todo en la juventud, puede o suele sentirse llamado a trabajar en algo que ama, y, al hacerlo, advierte que se realiza.

Vocación y profesión. Pueden coincidir ambas, y en ese caso quien ejerce *vocacionalmente* la profesión escogida es más feliz y se siente plenamente realizado. Se dice entonces, por ejemplo, que se *hace de* y además se *es, se siente* médico, como una llamada interior a curar, a hacer el bien, a ser un buen profesional.

Vocación y trabajo. Si la profesión tiene poca calidad y le falta la llamada interior o la ilusión, se convierte en una forma, con frecuencia pesada y rutinaria, de ganarse la vida, acompañada de frustración interior y aburrimiento vital.

Vocación como llamada y respuesta. En este sentido profundo, la vocación es una llamada que exige respuesta. Son las dos dimensiones de la vocación. Podemos hablar, en general, de cuatro llamadas que le llegan al hombre desde puntos diferentes y que pueden ser la llamada religiosa de Dios. Cuatro llamadas y una respuesta.

La llamada interior. Es la llamada que nace dentro del corazón del hombre, que sale del interior y le compromete a ser y estar en el mundo de un modo concreto. De aquí la expresión: "he hecho lo que sentía en mi corazón, he sido lo que siempre he deseado ser". Y se siente satisfacción, paz, alegría en el vivir y reconciliación consigo mismo; como la fruta pendiente de la rama, que ha madurado y espera que alguien la recoja para ofrecerse y reproducirse.

La llamada que proviene del ambiente. Es la llamada vocacional que procede del ambiente vivido por el niño o el joven: de la satisfacción del padre o de la madre por su trabajo; del ambiente humano, social, cultural, político o religioso vivido en casa, en el grupo, en la parroquia, en un centro juvenil. Todas estas circunstancias pueden constituir la matriz afectiva, moral o religiosa de la vocación: una matriz ambiental de la que Dios se sirve para hacer posible la respuesta vocacional.

La llamada vocacional proveniente de la realidad histórica. Llamamos historia, en cuanto origen vocacional, al conjunto de esperanzas y de frustraciones, de alegrías y tristezas del hombre, mediante las cuales Dios llama a la solidaridad, a la caridad, a la justicia... De este modo, las necesidades urgentes, la miseria, la pobreza y las injusticias de una época o la precariedad religiosa de un grupo o de una sociedad pueden iluminar el pensamiento y mover el espíritu de un joven, de una joven o de un profesional y propiciar una respuesta afirmativa: es la vocación social, la vocación existencial, la vocación religiosa. El hecho bíblico de la esclavitud de los hebreos en Egipto desencadenó la llamada de Dios a Moisés en favor de la libertad, y la respuesta vocacional de éste como liberador del Pueblo. Jesús de Nazaret se sintió llamado a liberar moral y espiritualmente a un pueblo de Dios lleno de ritualismos, pero de corazón seco. Hoy la situación degradante e inhumana, cargada de urgencia, del tercer y cuarto mundo está despertando vocaciones de carácter humanitario, sacerdotal y religioso en muchos jóvenes y adultos.

La llamada profética. Fue Dios quien llamó a los profetas Isaías, Jeremías y Oseas. Era el espíritu del Señor que velaba sobre el Pueblo de Dios, para corregirle, conducirlo, animarle y abrirle caminos de futuro mediante los profetas, quienes, convocados por Dios, habían de responderle, con miedo, con temor e incluso con preocupación. El profeta, sin embargo, no podía ni quería desoír la llamada de Dios.

Esa llamada profética la escuchó también Claret en sus años de seminario y se fue consolidando en la lucha contra el mal y a favor de los pobres del pueblo de Dios en Cataluña, Canarias, Cuba, Madrid y en toda España. Esa llamada, fruto de la fe, era la raíz honda y genuina de la vocación sacerdotal y misionera de Claret. Él mismo exhortaría después con estas palabras a los novicios claretianos:

"La fe inflamó a los profetas, dio valor a los apóstoles en las persecuciones, en los tormentos y en la misma muerte; mitigó las torturas de los mártires e impulsó a tantos predicadores de la divina palabra a abrazar la pobreza, la abnegación y el sacrificio para dilatar el reino de Cristo. Por eso los novicios deben alimentarse de la fe, más aún, vivir de ella" ?

La respuesta. La respuesta a una vocación puede ser rápida o lenta; puede tener momentos de alta tensión vocacional y vivir altos y bajos, dudas y momentos difíciles; pueden incluso darse formas de vocación temporal, definitivas en apariencia que, por azar de la vida, ceden el paso a otra vocación, la definitiva. Puede existir también una llamada-respuesta vocacional inicial de servicio a los demás que, por no cultivarla, regarla y mimarla, se torna mustia y se seca por efecto de otras llamadas. La respuesta, por tanto, comporta esfuerzo y discernimiento; constancia y fidelidad; acompañamiento espiritual de alguna persona experimentada y sacrificio; es el dolor inevitable de toda elección, la renuncia a un camino querido para seguir otro mejor y que se impone con fuerza porque es la llamada íntima de Dios.

La vocación de Antonio Claret. La vocación de nuestro protagonista, hecha de originalidad, de pasión y de ambición, era una experiencia divina llena de amor apasionado por el pueblo: un amor que tensionó su vivencia humana hasta límites extraordinarios.

En su vocación se reencuentran diversas influencias: la experiencia religiosa y mística de su infancia en Sallent; la ambición humana y la obsesión por la industria después (¿una vocación temporal?); y la vocación de radicalidad religiosa del Císter (¿temporal?). Finalmente, la llamada cruel y dolorosa de

3. *Constituciones CMF, n. 62.*

la situación humana, religiosa y eclesial de Cataluña se le impuso de tal manera que configuró definitivamente su vocación.

La respuesta a tantas llamadas no le resultó cómoda, sino al contrario. La búsqueda de su *estar*, de su *situarse* en aquella compleja situación histórica le resultó difícil y dolorosa. Las respuestas primeras fueron inseguras y de corta duración; así se explica la ansiedad, la insatisfacción, los cambios de ruta y de búsqueda hasta encontrar, al fin, con alegría y reposo interior, el camino definitivo: la vocación apostólica. Una vocación que, mientras optimizaba sus inquietudes y vivencias humanas, daba respuestas, sobre todo, a sus inquietudes y vivencias espirituales más apasionadamente sentidas que le llevaron a la realización del gran proyecto que Dios tenía sobre Cataluña, Canarias, Cuba y España.

El itinerario vocacional del joven Claret fue excepcional, como el de tantos hombres y mujeres que con su vida han dejado huella en la historia de la humanidad. Abrieron su camino paso a paso, palmo a palmo, con sudor y dolor, constancia e ilusión. Fue en este largo itinerario donde cuajó la esplendorosa vocación misionera de Antonio Claret.

Su caso no fue único. Teresa de Jesús se hizo monja a los 25 años, pero fue a los 40 cuando descubriría su vocación específica: la de reformadora del Carmelo. Ignacio de Loyola, insigne fundador de la Compañía de Jesús, buscó su verdadera vocación durante muchos años de peregrinación a pie, en soledad y plegaria: Pamplona, Lérida, Barcelona, Manresa, Montserrat, Alcalá de Henares, Salamanca, Venecia, Jerusalén, París, Roma... Se ordenó sacerdote a los 50 años y puso en pie de guerra a su Compañía de Jesús.